

LA PROTESTA

PORTE PAGO SUPLEMENTO SEMANAL PRECIO: 10 CTS.

U. Telefónica 0.478 — B. Orden

Redacción y Administración : PERU 1537

Valores y giros a M. TORRENTE

A la buena causa por los medios buenos

El que defiende una buena causa con medios moralmente inferiores, denigra y perjudica esa causa, y más se ganaría por la no existencia de un adepto inescrupuloso, para quien todos los medios son buenos, que con su existencia. Dime qué obras, y te diré cómo sientes. El que obra canalllescamente, aunque diga que lo hace por amor al más sublime de los ideales, es incapaz de abrigar sentimientos nobles y elevados. Los sentimientos y las ideas de los hombres determinan su conducta; un noble sentimiento no puede expresarse en una mala acción. Los que en su vida cotidiana obedecen las pasiones más bajas y los sentimientos más mezquinos y estrechos, no pueden a una gran idealidad, no los alcanzan; se cubren con un manto ajeno; parapetan tras una doctrina que no es la suya; usurpan una posición ventajosa, tal vez, para sus intereses, pero significativa del más vilano mimetismo. Los métodos de Loyola pueden servir para conquistar una situación de subordinación, para llegar al poder e impedir el reconocimiento de las propias responsabilidades, sea en las esferas políticas, sea en el movimiento obrero. Entre Cristo y Loyola, hay la misma diferencia que entre un héroe efectivo y su imitador en teatro; Loyola es el lobo que se viste con la piel de oveja de Cristo para la mayor prosperidad de sus codicias. No hubo un ideólogo libre de tales desviaciones, de tales vicisitudes y de tales corrupciones. La anarquía no constituye una excepción.

Se concibe un gran sentimiento y una gran pasión por la justicia, cuando se excita en ser injustos a cada paso, en las relaciones con nuestros compañeros y con el ambiente en general. ¿Se excita? ¿A la justicia no se llega por la injusticia, como no se va a la libertad por la vía del autoritarismo? El que ama realmente la justicia, no puede transgredirla, no puede venderla por treinta dineros, o por una grosera satisfacción de vanidades y de ambiciones personales. El que siente pasión por la justicia, la practica, no la pisotea, la pisa siempre, no la desconoce a capricho ante nadie.

Yo ama la verdad el que miente a sus amigos, a sus compañeros, a sus semejantes, y el que se miente a sí mismo para justificar sus claudicaciones. La verdad es, como la justicia, un sentimiento, una abstracción metafísica separada de la vida. El que dice luchar contra la mentira, no sirve de la falsedad consiente, como de un arma favorita, es un burocrata que se disfraza con vestido negro para sorprender mejor a la víctima propiciatoria. Con métodos que responden a la veracidad, con sistemas que

hacen de la palabra un instrumento para disfrazar el desajuste real, se pueden obtener posiciones en el dominio de la demagogia, pero no se trabaja por la creación de un mundo nuevo, no se culpa el hombre del porvenir, sino que se reproduce y se nutre el vicio y la degeneración del presente.

¿Y qué valor tiene la palabra libertad en labios de aquel cuyo corazón anhela el mando, la elevación política o social, sobre el resto de los humanos?

no más que para pronunciar discursos y cantar himnos a sus maravillas. La libertad que no se expresa interiormente — en la extirpación de todo sentimiento de esclavitud y de toda codicia de mando — y exteriormente — en la lucha contra la autoridad ajena, sin tratar de imponer la nuestra, esa libertad que no se manifiesta más que en los discursos solemnes y no en los hechos de cada día, es uno de los más peligrosos y astutos enemigos de la libertad misma.

¿Y cómo queremos hacer creer que aspiramos a la fraternidad humana, al amor, si en cada uno de nuestros gestos se trasluce la insolidaridad, la malevolencia, el odio? No es posible un sentimiento fraternal en el que practica el odio y tiene la maldad un arma, contra el camarada o contra el extraño, con

un profundo desprecio hacia tan grande doblez.

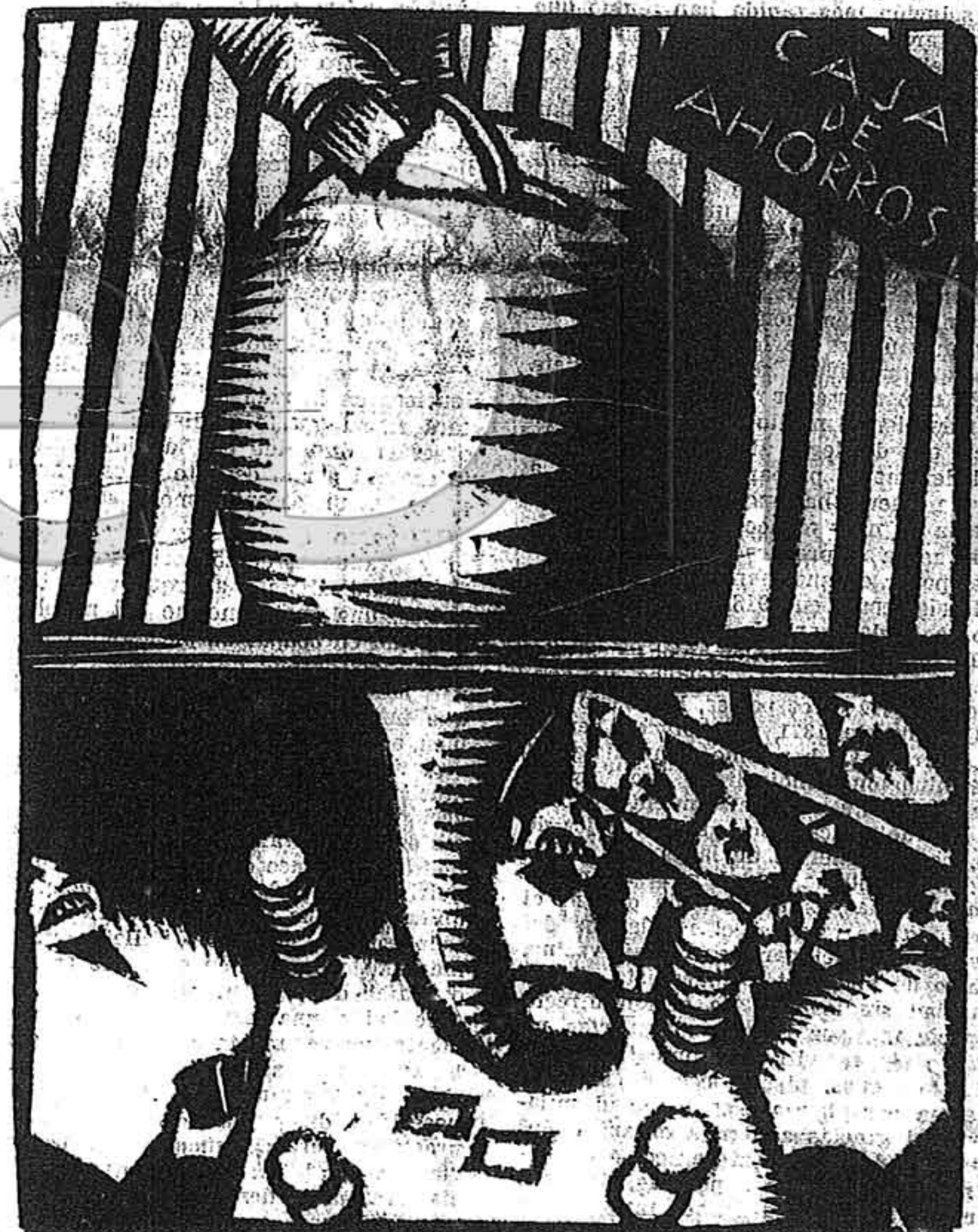
La fraternidad no puede traducirse en odio al hombre, en maldad sistemática, en insolidaridad. El que nos dice que abriga sentimientos fraternales y esgrime armas ruines para vencer y doblegar al adversario, miente.

Se nos está combatiendo hoy, por elementos que se parapetan tras el manto de la anarquía, con las armas más indignas, bajas y desleales que uno se pueda imaginar. No juzguemos a los que así obran; pero podemos monologar y confesar ante nuestra conciencia, los propios sentimientos. Nosotros no esgrimiremos esas armas ruines y desleales para defender nuestro ideal de libertad y de justicia, y menos aún para hacer frente a los adversarios que se reclaman de nuestro propio campo.

Se sabe que la burguesía no vacila ante ningún medio, siempre que se trate de obtener los fines perseguidos; pues bien, tampoco combatiremos a la burguesía con sus propios medios. Una buena causa no puede ser defendida y propagada por buenos medios, merced a su propia popularidad moral, porque sus verdaderos defensores, que son capaces de recurrir a una vileza en su defensa, demuestran que no la comprendieron ni la sienten. El arma villana contra el amigo o el adversario, envilece a quienes la emplean; el que hoy es desleal en la lucha, no puede ser leal mañana en la vida libre, y al menos, no tiene derecho a hablar de sentimientos superiores y a predicar una elevación de la humanidad para la comprensión de sus destinos. No; no combatamos siquiera a la burguesía con armas indignas de nuestras sublimes ideas, a pesar de que ella no vacile en aniquilarnos con todos los medios. Hay que vencer el mal por la fuerza del bien, hay que destruir la injusticia con los sentimientos justiceros. El odio engendra el odio, no lo extirpa. La maldad engendra la maldad, no la suprime del corazón humano. El odio, contra las malas instituciones, no excluye el amor a los hombres; la fraternidad.

He aquí una consigna de reconstrucción: ¡a la buena causa por los buenos medios! El jesuitismo no sirve a Cristo, sirve a la iglesia, dos polos opuestos. La intriga jesuitica, la malevolencia, el odio, la insolidaridad, el arma indigna y rasquera pueden ganar victorias para el encumbramiento de nuestras personalidades o para la satisfacción de nuestras vanidades, pero conspiran contra la anarquía. A la anarquía no se va por la vía del mal, de la insinceridad, de la mentira, de la calumnia. El triunfo de esas bajas pasiones, que son el polo opuesto de las altas pasiones que quería desenterrar Miguel Bakunin, es una derrota de la anarquía en todas partes y siempre.

El que tiene ante sus ojos una buena causa, no recurre a medios inmorales, por que no los necesita ni puede robárselos a emplearlos. La buena causa requiere, en todas partes y siempre, buenos medios para defenderla, proclamarla y afirmarla.



El ahorro es la base de la fortuna...de los banqueros

La palabra libertad es pronunciada por todos los partidos, por todas las clases de la sociedad. Incluso los que nos gobernan y nos esclavizan, por la fuerza, hablan de la libertad y pretenden hacernos creer que la aman y que no la lesionan. Contra ellos nada tenemos ya que decir, ni que reivindicar. Pero sangra el corazón cuando entre aquellos mismos que dicen haber hecho de la libertad un simbolo de lucha y de vida, esa arañosa concepción no sirve tampoco

tra el proletario o contra el burgués, contra el blanco o contra el negro. Hemos conocido a un hombre justo, veraz, bueno, amante apasionado de la libertad y de la fraternidad: Kurt Wilckens. Kurt Wilckens era incapaz del odio y no ha odiado siquiera a Varela, el asesino. Por eso, ha impresionado tanto su heroísmo y ha causado tanto respeto su gesto. Cuando ponemos mentalmente frente a Wilckens a muchos de los que pretenden cantarle loa, nos duele el alma y sentimos



At.

POR LOS SALONES

forzosamente. Nosotros, como anarquistas, no queremos que la libertad sea una frase, no queremos que se convierta en una doctrina separable de la vida. La libertad es lo contrario de la esclavitud; si consideramos que ésta disminuye el contenido de la vida, aceptemos aquélla, que ofrece la garantía del pleno desenvolvimiento de nuestras posibilidades. Buscar un término medio es buscarlo tres pies al gato.

La libertad del prisionero que dice a sus verdugos: "¡dentro de estas cuatro paredes mi espíritu es libre!" nos consuela muy poco. Y es, ni más ni menos, esa la libertad que muchos libertarios desean en primera línea. ¿Por qué? Una explicación unilateral sería insuficiente. Renunciamos a aclarar ese extraño deseo, que en todo caso nos parece revelar una vida real muy pobre. Ciertamente, cuando se nos aprisiona el cuerpo, decimos, por decir algo, para engañarnos a nosotros mismos: el espíritu es libre — pero sólo para engañarnos a nosotros mismos. La libertad del espíritu sin la libertad del cuerpo es tan absurda como la libertad política sin la igualdad económica. La libertad física es la primera condición para el florecimiento de la libertad integral.

He ahí el objeto de nuestras luchas: la conquista de la libertad física para los hombres, el quebrantamiento de las cadenas exteriores. Sólo entonces aprenderá el hombre a vivir en la libertad. La libertad separada de la vida real es como la teoría de nadar fuera del agua; nos sirve para filosofar, pero no para nadar efectivamente. Y ya podríamos presentar ejemplos de teóricos de la libertad que se ahogaron en la vida libre. Ahí está Rusia y el ejemplo de muchos anarquistas en ella. Cuando llegó el momento de la acción, fueron los campesinos ignorantes de Ucrania los que demostraron que sabían nadar mejor que los teóricos del nado libertario encastillados en Moscú o en Petersburgo, y redactando allí periódicos anarquistas.

M. L. NAUDEAU

Cuadros de la civilización moderna EL BARRIO SHITAYA (JAPON)

¿Quién jamás alcanzará a describir, con la negrura que se merece, los horrores de ese barrio humeante en su padre? Existen allí dos mil casas donde la miseria resulta espantosa, horripilándonos ante esta última degradación humana. Las calles son pobladas, en todo lo ancho y lo largo, de gente tan pobre que sólo tiene un frazadito sucio para envolverse al dormir... Y para los que no tienen casa, existen los pedajes en los cuales, con un sueldo, pueden amontonarse por centenas sobre un felpiz; abrigados por la roña y la peste de toda clase de enfermedades...

Shitaya, no es solamente un refugio de baldados, de mendigos, de cantores ambulantes, mallecheros y truhanes: no es solamente el muladar de los exhornos. Hay muchos artesanos, jornaleros, pequeños comerciantes; todos aquellos que el paro forzoso ha reducido a un completo estado de rebajamiento, de degradación física y moral. Es el barrio infernal de los comedores de inmundicias... Se alimentan de entrañas, de cabezas de pescado; picotean un arroz fermentado o apollillado; frutas podridas, y comen carnes verdosas en plena descomposición... Hay que creer que la vida en general de este país, se halla muy empobrecida para que las empresas comerciales puedan haber realizado su fortuna sobre ese fangal...

Hay restaurantes a un sueldo la porción, que sirven guisos abominables, disputados a las moscas estercoleras y a los gusanos que roen las carroñas... Una compañía les asegura el abastecimiento de las sobras de los grandes hoteles, cuarteles y hospitales; ella tiene sus recolectores, cuyo oficio es acaparar los intestinos de animales y los restos de la comida que comienzan a pudrirse en las profundidades de los recipientes de la basura.

Del libro: "Japón Moderno",

tieron juicios decisivos, sin darse la pena de fundamentarlos. Esto hicieron la mayoría de ellos, con sus inevitables excepciones. No les pareció un mérito de por sí, que esta pintura fuera legible; llana y tan desprovista de los sólitos alardes oratorios del pincel. No había pinceladas valientes que admirar ni recetas culinarias que elogiar, como en los cuadros de los aventajados discípulos de la academia: los triunfadores de la hora.

Ensayemos, pues, a definirle a Merediz una personalidad postiza y provisoria a través de esos lienzos, — una labor transpuesta algunos años hace. Parecería un arte hecho de renunciaciones. Pero no nos engañemos acerca de este aspecto. Es suprema virtud cuando por sobre o plétera de sentimientos o de dones se posee el valor de renunciar a ellos para que demos con lo imprescindiblemente necesario, evitando la exhibición impudora.



Hans Gerner — LA SEDUCCION BELICA

sa de la fatal exageración de nuestras calidades; y otra cosa es, que la renuncia sea ingénita a nuestro temperamento. Algo así como una ley emanada por todo nuestro ser. Podrá ser interesante y meritorio ser rubio, o negro, bello o bonito, pero es independiente de la voluntad de uno mismo.

Nos proponemos enunciar lo siguiente: que la apariencia general de corrección austera ofrecida por la pintura de Merediz, se debe exclusivamente a cualidades físicas. Asimismo no pierda su valor. El rubio no dejará de serlo — or no haberlo querido. Por eso será que ella llega a confundirnos una impresión de correcta pasividad, y pese a lo vibrante por sé de sus tintas — rojos, verdes, azules sumarios — de armonías de ritmo fragmentado y tonalidades insonoras. Reparó que oponemos más bien al espíritu de su arte, que a la formalidad plástica.

Si el distinguido peca por sutil, ya que el espíritu y la forma es un todo indisoluble, el pintor que hay en Merediz y do-

mina hoy su oficio, sale airoso en más de una prueba. A veces le sucede a medida. Por ejemplo, en el *Puente de San Luis*, cuyo primer término de penascals está deshecho, destruido, presentando una masa opaca y confusa, que desmerece la composición total.

En cambio, en las naturalezas muertas parece que sus facultades pictóricas se abandonasen a su libre juego, en una completa espontaneidad y plenitud. Es lo que da la justa medida de su real valimiento. Hay instantes en que logra expresarse con emocionada delicadeza, lo que en rara ocasión acontece en sus telas de respetables dimensiones. No creemos que sean muchos los pintores de aquí que puedan jactarse de haber pintado esas "Flores" marcadas con el número 14. Trabajada la materia con la simplicidad, efecto de una proveyta sabiduría técnica, Merediz compuso una de sus más inspiradas o, sentidas armonías, al valerse de los tonos bajos de las tierras moradas y rosadas envolviendo en suave calidez y haciendo resonar la matización blancuzca y azulera, rosa y violada de esas flores. Afirmemos que es uno de los buenos cuadros de esta sala. En la otra, producida en época anterior, existe también una naturaleza muerta que se atrajo nuestra sincera simpatía.

Porción por la cita tan larga. Era necesario conservar intacta la tonalidad emocional del autor. Este respetabilísimo y venerado escritor y crítico osificado a quien Martín Malharro le reprochara de hacer rostros de miradas estrábicas, mesas y sillones torcidos, en el tiempo en que fue pintor, transcurrió su existencia en la tarea vana de negar a Pablo Cézanne, prodigándole los epítetos más pintorescos que hubieran podido ser injustos hasta para el pintor más bruto y burro. Después de estos honrosos antecedentes, de esta notable y célebre pifia, nos prescra a Quinquela para suplantar las influencias cézannescas y como un probable reformador de la pintura mundial. Si se reflexiona que desde París irradian todas las modas, tanto la del modisto como de los últimos figurines literarios y plásticos, no se encontrará del todo exagerada nuestra afirmación acerca de la mesiánica misión que Mauclair le asigna a Quinquela Martín.

No discutiremos todos los dones raros ni el carácter y el talento a carradas que pudo concederle el escritor francés al pintor argentino. Seamos todavía más generosos que él. Concedámosle otro poco más de dones raros y talentos maravillosos. ¿Bastará todo esto para forjar una personalidad de artista que lo cuaje como el diamante de roca y posea el acento y el aliento genial puro, diáfano, cristalino de Walt Whitman, y un pedañito más bajo de un Poe o del mismo Cézanne?

Y éstos han sido los grandes innovadores, los profundos revulsiónadores de la época moderna, y todos fueron escarnecidos, aislados como a canes leproso y escupidos e insultados como a tales, porque traían en ellos el torturante dolor de la hispa genial.

Mal que le pese, la literatura de occidente, y en especial modo la francesa y la italiana, se han nutrido copiosamente de Walt Whitman y de Poe. El unanimismo, la poesía multitudinaria de Jules Romains y los super-realistas, el ultimísimo modulo de Francia, ¿hubiesen siquiera nacido sin la aparición del bardo de Camden Town? ¡No, por cierto! Y en pintura, los Gauguin, los Van Gogh, ¿hubiesen sido lo que fueron, así como todos sus sucedáneos modernos, desde Picasso abajo, sin la presencia del maestro de Aix?

De todos los maestros del impresionismo, ninguno dejó tras él huella más honda que Cézanne. Ni más discípulos, imitadores y remedadores. ¿Qué más deseáramos nosotros, pintores, escultores y escritores, que Martín Quinquela fuese el genio descubierto y ratificado por Mauclair! El no empleó una palabreja, pero la fauna que le señala nadie más que un genio puede llevarla a

Mal que le pese, la literatura de occidente, y en especial modo la francesa y la italiana, se han nutrido copiosamente de Walt Whitman y de Poe. El unanimismo, la poesía multitudinaria de Jules Romains y los super-realistas, el ultimísimo modulo de Francia, ¿hubiesen siquiera nacido sin la aparición del bardo de Camden Town? ¡No, por cierto! Y en pintura, los Gauguin, los Van Gogh, ¿hubiesen sido lo que fueron, así como todos sus sucedáneos modernos, desde Picasso abajo, sin la presencia del maestro de Aix? De todos los maestros del impresionismo, ninguno dejó tras él huella más honda que Cézanne. Ni más discípulos, imitadores y remedadores. ¿Qué más deseáramos nosotros, pintores, escultores y escritores, que Martín Quinquela fuese el genio descubierto y ratificado por Mauclair! El no empleó una palabreja, pero la fauna que le señala nadie más que un genio puede llevarla a

El genio, Mauclair y Quinquela

Camilo Mauclair, el *Mauclair de la Luz*, como lo apodara ciertamente Octavio Mirbeau, Mauclair, quien fué amigo de Rodin, Carrière y compuso sobre el escultor, y el pintor los libros más memorables que pudieran darse, escribió algunos domingos un par de páginas en el *Supl.* de "La Nación". Intentaba discutir acerca de la personalidad de Quinquela Martín. En uno de sus párrafos más suculentos decía lo siguiente:

"Cuando yo me impacientaba ante la pobreza de nuestros independentes, a pesar de sus pretensiones, siempre pensé que la renovación pudiese venirnos de una región ultracéptica como la Argentina y que bastaría, para ello, la aparición de una fuerte personalidad para terminar otras personalidades. ¿Es Quinquela el hombre marcado con el signo necesario? Yo lo deseo, porque sus dones son raros, su carácter es entero y la vida temió sus energías como un buen acero. En todo caso, resultará muy interesante seguirle en la decena de años venideros. Y su caso me ha permitido desflorar un problema curioso, puesto que la naturaleza y el destino hicieron de este hombre lo que fingen desear una porción de falsos ingenuos, elevados gracias a la complicación de los medios parisenses; ciertamente que aun se puede ver en estos medios cavernas, pero las cavernas sólo contienen bandidos vestidos a la moda y no dibujantes de piedra o santos como el pastorcito de Glotto."

¡Qué pena! — exclamó. Y comenzó a llorar en silencio, para ella sola, con el dolor de una diécha que queda trunca. Inocencio bajó los ojos turbios, como sintiéndose en parte culpable. Había conocido a Concepción en los bailes de matines, que frecuentaba a escañadas de la madre. Allí trabaron relaciones, se hicieron íntimos. Por ese entonces, Inocencio era un muchacho alegre, bromista y tomador. Concurría a casi todas las fiestas de las sociedades recreativas, y él mismo presidía una que se llamó "los esponjas", fundada con el fin exclusivo de abaratar el alcohol que consumían los contados socios. Ella, locuela y contestadora, iba de taller a taller, como costifera. Los domingos y días feriados, hacía las escapatorias a los bailes, burlando a la vieja que tomaba en serio las patrañas de la señorita. Con el tiempo consiguió salir de noche, y en ocasiones sin avisarle nada. La ingenua mujer aguardaba su llegada. El reloj marcaba la una, las dos de la mañana; y la joven no aparecía. Mas de improviso, tropezando de cien maneras, caía cerca de la madre lo mismo que un rayo.

—¿De dónde vienes? — era su eterna pregunta. —De un baile en casa de una amiga. Pero eso de la amiga ya no conseguía éxito. Compréndiendo que mentía, comenzaba a sermonearla, demostrándole el peligro que corría yendo a los salones. Era una represión tan tímida como razonable. Concepción, si venía fresca, fruncía el ceño y callaba, mas cuando los vapores de un licor le subían a la cabeza, sin mucha

cabó. De serlo, el simpático pintor boquense, al paso que nos honraria con las alas de su gloria inmarcesible y mundial, podría enseñarnos mucho y darnos más de una lección de buena pintura, que bastante falta nos hace a todos. Pero no es así, desgraciadamente. Martín Quinquela no es Walt Whitman, ni Poe, ni Cézanne, es solamente Quinquela Martín, peca a las profecías del orfético francés; y nuestro deber — penose a veces — será el de aceptarlo como es, y no corregido, aumentado, desfigurado e inflado como nos-lo fabricaran en el extranjero.

El sol irradiaba a lo largo de la vereda, dorando puertas y fachadas de edificios, calcinados los toldos abiertos, formando fuertes sombras bajo los balcones y en los zaguanes. La calle ardía en movimiento. Pasaban tranvías, carruajes, automóviles, en rápida sucesión. Ruidos de cornetas, de campanillas; fragores de ruedas sobre el adoquinado; voces múltiples de vendedores que aturdirían los tímpanos. Y luego un ir y venir de gente; aquí, ante la puerta de la carnicería, el corro infaltable de mujeres que picotean a media voz, codiciándose y tirándose de la manga en señal de inteligencia; allá, en la bodega, algunos pegasosos parroquianos, con los ojos entornados y lamiendo sus labios sedientos de alcohol; más allá, una mujer lozana y rubia que mete su cabeza en el interior de un carrito de verdulero, mientras coge unas frutas.

Doña Concepción les alcanzaba los objetos. Ellos cargaban, doblaban por los tres corredores, bajaban una escalera, atravesando en seguida la calle para penetrar en el caserón de enfrente. Llegados a éste, transponían dos grandes patios, haciendo alto en la pieza vacía. Pero casi al final de la mudanza, doña Concepción tropezó con un lío de ropas. Le clavó fijamente la mirada; después lo tomó con ambas manos y lo puso sobre su pecho, apretando fuerte, muy fuerte. Eran los trapos del nene, del primogénito que una semana atrás cerrara los ojos para siempre.

ceremonia mandaba a la madre a freír papas. El continuo roce de los cuerpos había acelerado la posesión. Ese acontecimiento, en lugar de atemorizarla, estimuló sus instintos y veleidades de mujer. A las obligaciones y deberes, oponía cuatro frases rotundas y descaradas; a los pruritos del qué dirán, se encogía de hombros, exclamando: —¿Qué me importa! — a las lágrimas de la buena madre, objetaba que ella en su juventud había hecho igual o peor. Su pensamiento era de que no había gente honesta, virtuosa, en que no asomara sobre los pliegues de sus faldas los borrones de una mancha. Con este cómodo criterio procedía en todo; y nadie, por lo tanto, regia en su persona. Así, cuando vio que de un momento a otro sería madre, mientras los vecinos del barrio hilaban tremendas hipótesis y desmenuzaban mordaces disquisiciones alrededor de su provenir, ella, con una parsimonia llena de altivez y desprecio, legalizó ocultamente la unión, prescindiendo de la intervención materna.

JUAN PALAZZO

LA CASA POR DENTRO

MISERIA

El sol irradiaba a lo largo de la vereda, dorando puertas y fachadas de edificios, calcinados los toldos abiertos, formando fuertes sombras bajo los balcones y en los zaguanes.

La calle ardía en movimiento. Pasaban tranvías, carruajes, automóviles, en rápida sucesión. Ruidos de cornetas, de campanillas; fragores de ruedas sobre el adoquinado; voces múltiples de vendedores que aturdirían los tímpanos. Y luego un ir y venir de gente; aquí, ante la puerta de la carnicería, el corro infaltable de mujeres que picotean a media voz, codiciándose y tirándose de la manga en señal de inteligencia; allá, en la bodega, algunos pegasosos parroquianos, con los ojos entornados y lamiendo sus labios sedientos de alcohol; más allá, una mujer lozana y rubia que mete su cabeza en el interior de un carrito de verdulero, mientras coge unas frutas.

Era mediodía. Aprovechando el segundo en que la calle quedaba libre, Inocencio Peñalva, su hijo Virgilio y el mozo de cuerda, cruzaban la calzada, llevando a cuestras los muebles y trebejos del primero a la nueva morada.

Doña Concepción les alcanzaba los objetos. Ellos cargaban, doblaban por los tres corredores, bajaban una escalera, atravesando en seguida la calle para penetrar en el caserón de enfrente. Llegados a éste, transponían dos grandes patios, haciendo alto en la pieza vacía. Pero casi al final de la mudanza, doña Concepción tropezó con un lío de ropas. Le clavó fijamente la mirada; después lo tomó con ambas manos y lo puso sobre su pecho, apretando fuerte, muy fuerte. Eran los trapos del nene, del primogénito que una semana atrás cerrara los ojos para siempre.

—¿Qué pena! — exclamó. Y comenzó a llorar en silencio, para ella sola, con el dolor de una diécha que queda trunca. Inocencio bajó los ojos turbios, como sintiéndose en parte culpable.

Había conocido a Concepción en los bailes de matines, que frecuentaba a escañadas de la madre. Allí trabaron relaciones, se hicieron íntimos. Por ese entonces, Inocencio era un muchacho alegre, bromista y tomador. Concurría a casi todas las fiestas de las sociedades recreativas, y él mismo presidía una que se llamó "los esponjas", fundada con el fin exclusivo de abaratar el alcohol que consumían los contados socios. Ella, locuela y contestadora, iba de taller a taller, como costifera. Los domingos y días feriados, hacía las escapatorias a los bailes, burlando a la vieja que tomaba en serio las patrañas de la señorita. Con el tiempo consiguió salir de noche, y en ocasiones sin avisarle nada. La ingenua mujer aguardaba su llegada. El reloj marcaba la una, las dos de la mañana; y la joven no aparecía. Mas de improviso, tropezando de cien maneras, caía cerca de la madre lo mismo que un rayo.

—¿De dónde vienes? — era su eterna pregunta. —De un baile en casa de una amiga.

Pero eso de la amiga ya no conseguía éxito. Compréndiendo que mentía, comenzaba a sermonearla, demostrándole el peligro que corría yendo a los salones. Era una represión tan tímida como razonable. Concepción, si venía fresca, fruncía el ceño y callaba, mas cuando los vapores de un licor le subían a la cabeza, sin mucha

cabó. De serlo, el simpático pintor boquense, al paso que nos honraria con las alas de su gloria inmarcesible y mundial, podría enseñarnos mucho y darnos más de una lección de buena pintura, que bastante falta nos hace a todos. Pero no es así, desgraciadamente. Martín Quinquela no es Walt Whitman, ni Poe, ni Cézanne, es solamente Quinquela Martín, peca a las profecías del orfético francés; y nuestro deber — penose a veces — será el de aceptarlo como es, y no corregido, aumentado, desfigurado e inflado como nos-lo fabricaran en el extranjero.

ceremonia mandaba a la madre a freír papas. El continuo roce de los cuerpos había acelerado la posesión. Ese acontecimiento, en lugar de atemorizarla, estimuló sus instintos y veleidades de mujer. A las obligaciones y deberes, oponía cuatro frases rotundas y descaradas; a los pruritos del qué dirán, se encogía de hombros, exclamando: —¿Qué me importa! — a las lágrimas de la buena madre, objetaba que ella en su juventud había hecho igual o peor. Su pensamiento era de que no había gente honesta, virtuosa, en que no asomara sobre los pliegues de sus faldas los borrones de una mancha. Con este cómodo criterio procedía en todo; y nadie, por lo tanto, regia en su persona. Así, cuando vio que de un momento a otro sería madre, mientras los vecinos del barrio hilaban tremendas hipótesis y desmenuzaban mordaces disquisiciones alrededor de su provenir, ella, con una parsimonia llena de altivez y desprecio, legalizó ocultamente la unión, prescindiendo de la intervención materna.



no para que el chico la repitiera; pero nada, imposible. Quedaba en silencio o hacía esfuerzos por decir algo, y entonces se le trababa la lengua y parecía que se ahogase. Un día, sin embargo, impregnado por una fuerza extraña que asombró los padres, pronunció: *opa*. La alegría — usaba: Doña Concepción lo besó hasta caerse, y él, loco de contento, le metió la cuchara a la boca, muy adentro inundándole de caldo, que al desbordarse le bajó por el mentón y cruzó la desnuda garganta.

Con la llegada del invierno, el niño en fermó de nuevo. Y fué para no sanar más, porque murió. En seguida resolvieron cambiar de pieza para olvidar los tristes recuerdos, para eludir las horas opresoras, que siempre amilanaban y resquebrajaban en los pri-

meros golpes. Continuando allí, renovaban a cada rato el dolor pues, según ella, el espíritu del nene vagaba por la superficie blanca del cielo-raso.

—¿Te acuerdas que decía mamá que Dios nos castigara? — Bueno, vámonos. Cogió ella la lámpara, él varias cochas, y después de echar una última mirada a la pieza, mirada profunda, mirada de amor, de pena, de despedida, de escepticismo y desengaño, cerraron la puerta, colgaron la llave en un clavo, y franquearon los corredores, bajando pesadamente la escalera que parecía hundirse a sus pies.

En el turbulento caserón vivían familias de diversas naciones; grupo cosmopolita que reunía en un solo cuadro la mitad de Europa. De izquierda y a la entrada, la casera. En la habitación siguiente moraba un matrimonio; él era alemán, rosado de cara; ella era suiza, alta, enjuta, ágil. Sustancialmente romántica, se alimentaba de recuerdos, evocando con los ojos húmedos las montañas y lagos azules de su pueblo natal. Luego seguían en orden una familia italiana y otra española. Las tres piezas que daban a la derecha, eran alquiladas por turcos y beduinos; hombres rudos y primitivos estos últimos, que adoraban desde lejos la singular figura de Melhoma.

Pasando un portón, coronado por cuatro estatuas decorativas y pebeyes, estaba la cueva de Inocencio. En la contigua vivía la rubia Mercedes, mujer de nobles facciones, que a pesar de ser esbelta y madre, soñaba con volver algún día a las tablas en calidad de tonadillera. Venía en seguida el matrimonio más serio, más modesto y ejemplar del caserón. Madama Margot y Mons. Lauri. El hueco, como precioso tesoro, una enorme berriga globular y flotante, que meneaba de izquierda a derecha. Madama Margot, la pobre, no sobresalía en nada. Era seca, rugosa, bajita, insignificante. Frigaba siempre los platos y pocas veces habla-

Más tarde tuvo el hijo, a quien prodigaba renovadas caricias. Lo quería entrañablemente, con pasión. Por él velaba noche a noche, sin que esto la malhumorara en lo más mínimo.

El siguiente año nació el segundo, Virgilio, de piel oscura semejante al padre. A medida que transcurría el tiempo, el primogénito exigía grandes cuidados, pues era enclenque de constitución. Por otra parte, contaba ya tres años y todavía no articulaba sonidos. Se le oían frases sueltas, pocas, como *mamá*, *papá*, y eso de raro en raro, tras un esfuerzo penoso que agotaba la voluntad de los padres. En la mesa veinte veces decían *sopá*, *vino*, y alguna otra expresión de uso cotidia-

ba mal de uno. Ambos llevaban una existencia apacible, ordenada: comer bien, beber bien, dormir bien. La vida para ellos era una eterna asimilación de grasa, de vino, de sueño; tres principios capitales que se completaban forzosamente, pues todo empacho y toda borrachera termina en la cama.

Cerraba el fondo el curioso taller de un muchacho, de un artista tan pintor como revolucionario. Por último, frente a la cueva de doña Concepción, se alojaba una pareja catalana.

La vista de aquel grupo heterogéneo fué una especie de hallazgo para ella. La distraía sobremanera, como que residía en su medio. En las horas de la tarde, especialmente, cuando disponía de más tiempo, mientras Virgilio se estaba, ella, sentada cerca de su puerta, recordaba

NESTOR MACHNO

EL ANARQUISMO REVOLUCIONARIO

(Conclusión)

con la vista los rincónes de las cocinas, escurridando uno por uno los gestos y ademanes de la gente que había en el patio...

A menudo formaban rueda. Ella los veía, asomándose por entre la enredadera que cubría las rejas del portón...

De visita, y a cada rato, aparecía un turco, corpulento, ridículamente anable, por demás compuesto en el vestir...

Cuando largo y vibrante el pito del puerto señalaba las cinco, servíale la leche a Virgilio, y a seguida, con la botella en brazo, cruzaba a la vinería de enfrente...

Virgilio, quedate quieto; Virgilio, no grites.

—Servite vino; servime a mí.

Y basta. ¿Qué cosa podían contarse que no se hubieran ya comunicado? ¿Para qué repetir la cantilena cotidiana? En el gesto y en el movimiento se adivinaban más todavía...

La vida social efectiva, sana y alegre no se puede edificar con ayuda de programas y de un poder gubernativo...

Igual le ocurría a ella. En presencia del esposo era tarta en el decir, pero a espalda suya picoteaba en todas partes...

—¡Oh, sí, ya lo creo que sí! ¡Oh, sí, ya lo creo que sí!

(Continuará)



Ilustración de un campesino arando con un caballo.

Y eso es realmente así! Echese una mirada a los merodeadores bolchevistas con sus monopolios, a las conquistas revolucionarias inmediatas del pueblo...

¡A la rebelión! — grita el anarquismo revolucionario a los hombres esclavizados; a la rebelión, levantaos y destruid todo poder...

El poder gubernativo ha sido creado por los ociosos con fines de explotación y de opresión.

Lo mismo si el poder gubernativo es dirigido por burgueses, por socialistas o por comunistas, lo mismo si es dirigido por obreros o por campesinos...

Un poder de Estado sin cuernos no lo hay. Todo poder tiene sus cuernos y da cornadas a quien aspire a una vida libre y justiciera.

Arroja de tí, hermano esclavizado, el poder y no toleres que te domine a tí y a tus hermanos...

La libertad de cada uno produce una libertad acabada, sin gobierno, agrupada en el objetivo general, descentralizada en su conjunto.

en el objetivo general, descentralizada en su conjunto.

Ese es el comunismo anarquista.

II

En nuestra representación, el comunismo anarquista es la grandiosa representación de la armonía humana.

El comunismo anarquista quiere una sociedad que establezca la vida libre del hombre, el derecho a su ilimitado desenvolvimiento...

Una sociedad — una sociedad libre, sin gobierno — que se propone por objetivo adornar la vida con su trabajo, su espíritu, su voluntad...

El comunismo anárquico se fundamenta en la vida íntegramente desarrollada, creada independientemente y absolutamente libre del hombre.

El trabajo, las relaciones fraternales recíprocas entre ellos, amor a la vida y una pasión por la belleza...

Y todo hombre esclavizado que sienta sobre sí el yugo de su situación y reconoce que esa infamia oprime la vida...

Peró aquí todo hombre, y en especial el anarquista revolucionario, en su calidad de combatiente que llama a todos las buenas voluntades a la lucha...

La revolución en Rusia, donde los anarquistas revolucionarios desempeñaron un papel digno de mención, pero no pudieron realizar su misión histórica...

El enemigo es fuerte; pues ha pasado siglos de su vida en la experiencia del robo y de la violencia, de la expoliación y del asesinato.

Toda modificación de la fisonomía exterior de nuestro enemigo, hermano esclavizado, podemos advertirla en todo lo que penetra desde el gabinete del reformador instruido en los asuntos estatales del mundo.

En realidad nuestro enemigo no modifica en el momento dado más que su fisonomía, su exterior y busca nuevos aliados, copartícipes en la lucha contra nosotros.

El único medio de confianza para los hombres esclavizados en su lucha contra el mal, que los amarró a las cadenas de la servidumbre...

La revolución social se manifiesta elementalmente en tanto que se le allana esa dirección el camino de la organización y se facilita la exposición de los ilíquos artificiosamente contruidos contra ella...

En esa tendencia trabajan los anarquistas revolucionarios ya.

Podría demostrarles, si no temiese ser demasiado extenso, cómo la burguesía va remediando aquellas tendencias naturales de que ciertos socialistas esperaban su muerte en breve plazo.

La ciencia es arma poderosa, que puede ser adoptada por el mal para el mal que para el bien.

Precisamente en este período en que el hombre, como individuo o en masa, va surgiendo la verdadera libertad en sí...

El papel digno de mención, pero no pudieron realizar su misión histórica porque no tuvieron a su disposición los medios de acción convenientes.

Si se observa ese proceso, se llega siempre a la convicción que tales relaciones, las más dignas de confianza y las más fecundas...

Sólo las masas que hacen la revolución y cuyos principios ponen a la misma altura de la vida, podrán crear los medios correspondientes para el mantenimiento y el socorro de su fe y de todo lo que nacere de ella.

En esa lucha no habrá ni vacilaciones ni sentimentalidad. ¡Vida o muerte! — ese



Errico Malatesta (10)

EN EL CAFÉ

Cuando no encuentren una compensación y un antídoto en otros factores de recomposición y de vida, pueden ser neutralizados por la acción de quien dispone de la fuerza y la dirige a su capricho.

Podría demostrarles, si no temiese ser demasiado extenso, cómo la burguesía va remediando aquellas tendencias naturales de que ciertos socialistas esperaban su muerte en breve plazo.

La instrucción, al menos la que va más allá de un embadurnamiento superficial y casi inútil, es inaccesible para las masas desheredadas...

correspondientes para el mantenimiento y el socorro de su fe y de todo lo que nacere de ella.

Al realizar la revolución las masas humanas, buscan asociaciones libres. A eso son movidas por el anarquismo que vive naturalmente en ellas.

Si se observa ese proceso, se llega siempre a la convicción que tales relaciones, las más dignas de confianza y las más fecundas...

Sim duda la lucha reclamara colosales sacrificios humanos, pues esa será la última lucha del hombre libre o del casi enteramente libre, con el esclavizado y el opresor...

La revolución será violenta porque ustedes, las clases dominantes, se sostienen con la violencia y no muestran ninguna disposición a ceder pacíficamente.

Lo que puedo asegurarlo es técnico, en lo que dependa de nosotros, la violencia, que nos es impuesta por la violencia de ustedes...

Ciertamente, nuestra tarea, cuando no se presentan ocasiones de obrar mejor, es hacer propaganda para reunir una minoría de hombres conscientes que sepan lo que deben hacer...

César. — Pero cómo hareis esa revolución si sois cuatro gatos?

Jorge. — Es posible que no seamos más que cuatro. A ustedes les agrada eso y no quiero quitarles una ilusión tan dulce...

es el problema que debe tener en cuenta todo individuo que aprecie sus propios derechos y los derechos de toda la especie humana a la vida — no a la existencia de un esclavo, como tiene que vivir forzosamente...

Como ahora primará en él el sano instinto humano, avanzará como vencedor por esa vía en pro de la vida y del amor para sí y para sus hermanos.

Es posible que de cada diez sabios, nueve no te escuchan, y si te escuchan lo harán para engañarte...

Si no quieren renunciar a su miserable industria, levántalos, desarmad la policía, la milicia y todas las instituciones de defensa de la federación de los "cinco"...

Organizaos, llamad a todos, llamad a todos los hombres a vuestras filas y exigid de todos los gobernantes que renuncien voluntariamente a su villano oficio de oprimir la vida del hombre.

Llamad a vuestras filas a los soldados del ejército reclutado por la fuerza. En el ejército hay muchos asesinos que han sido colocados expresamente contra tí y sobornados por la iglesia para matarte.

Y además, ya saben, entre nosotros cada cual hace lo que quiere, y su policía está acostumbrada a observar por todas partes, salvo donde está el peligro real.

Peró yo no quiero darles un curso de técnica insurreccional. Este es un asunto que... no les concierne.

Buenas noches.

¡Permitis que intervenga en la conversación para hacer algunas preguntas y algunas observaciones!

Y dice también que para dar libre desahogo a la voluntad popular es necesario derrocar con la insurrección el régimen monárquico y militarista que hoy sofoca y falsea esa voluntad.

Verdaderamente creo haber dicho siempre voluntad de los hombres y no voluntad del pueblo.

No es una cuestión de palabras, es una cuestión de sustancia: se trata de toda la diferencia entre la democracia, que significa gobierno del pueblo y armonía, que significa no gobierno, libertad de todos y de cada uno.

Peró también en él hay amigos; ellos descompondrán los cuadros de tus asesinos y correrán en tu ayuda.

Después de habernos agrupado todos en una gran familia; queremos avanzar como hermanos agrupados contra las tinieblas y la ignorancia.

La violencia brutal de los enemigos de la libertad del hombre será respondida por nosotros con la violencia de nuestro ejército revolucionario libremente formado.

Si nuestros enemigos no concuerdan con nosotros desde el punto de vista de las ideas, queremos responderles con un comportamiento justiciero en la edificación de nuestra nueva vida según los principios de la responsabilidad de cada uno de nosotros...

Esos criminales harán el intento de combatir contra nosotros por sus privilegios de dominación, y entonces tendrán que sucumbir.

Así vive, pues, esa clara y firme convicción en la lucha de los hombres por el ideal de una armonía humana general, por la sociedad anarquista.

NOTA. — Este trabajo apareció también en alemán con el título Das ABC des revolutionären Anarchisten, 16 págs. Der freie Arbeiter, Berlin, enero de 1926.

camos los explosivos, perforamos las minas, somos los que guiamos los automóviles y los aeroplanos...

Lo que puedo asegurarlo es técnico, en lo que dependa de nosotros, la violencia, que nos es impuesta por la violencia de ustedes...

Ciertamente, nuestra tarea, cuando no se presentan ocasiones de obrar mejor, es hacer propaganda para reunir una minoría de hombres conscientes que sepan lo que deben hacer...

César. — Pero cómo hareis esa revolución si sois cuatro gatos?

Jorge. — Es posible que no seamos más que cuatro. A ustedes les agrada eso y no quiero quitarles una ilusión tan dulce...

Verdaderamente creo haber dicho siempre voluntad de los hombres y no voluntad del pueblo.

No es una cuestión de palabras, es una cuestión de sustancia: se trata de toda la diferencia entre la democracia, que significa gobierno del pueblo y armonía, que significa no gobierno, libertad de todos y de cada uno.

BIBLIOGRAFIA

Jaspers Karl — "Psychologie der Weltanschauungen.—

[Psicología de las concepciones del mundo y de la vida; tercera edición, 486 páginas, ca 40.] Editorial Julius Springer, Berlín, 1925. Precio en rústica, 15 marcos, encuadernada 16.50.

Sería muy extenso tratar de exponer la posición de Jaspers, profesor de filosofía en la universidad de Heidelberg, en el mundo del moderno pensamiento filosófico alemán. El hecho de que su obra "Psychologie der Weltanschauungen", publicada en 1919, haya visto la luz en 1925, en tercera edición, habla ya elocuentemente sobre la personalidad del autor y los méritos de ese libro.

El autor explica por qué denomina a su obra psicología y no filosofía; sin embargo su esfuerzo será mucho más apreciado por los filósofos que por los psicólogos, sobre todo los psicólogos experimentales, apegados extremadamente al hecho concreto y mensurable. En general, es una obra que podría ponerse en manos de un público más vasto que el estrictamente filosófico. No quiere ser una guía para la vida humana, no quiere dar un impulso en una dirección determinada, o más claramente para nosotros, no es una obra de propaganda de un credo político, filosófico o social, sino un esfuerzo de aclaración, de explicación de las realidades y tipos del pensamiento. Podría ser un nuevo capítulo de la "Fenomenología" hegeliana, un capítulo fecundo que abra la vía a nuevas investigaciones y que descubra amplísimos horizontes. La idea directiva no es buscar lo frecuente, el término medio, porque es frecuente y término medio. Buscamos las figuras específicas aunque sean raras. Nuestro campo

no es el que vemos cuando, por ejemplo, hemos investigado sobre 100 hombres, en nuestro ambiente, sino el material que surge cuando vemos lo que percibimos en la experiencia histórica, interna y actual en características, aunque no sea más que una vez, aunque sólo pueda verse y construirse típicamente". (pág. 14).

El contenido de la obra consta de los siguientes capítulos:

Una magnífica introducción rica en consideraciones metodológicas, donde se exponen pensamientos fundamentales sistemáticos. Otro capítulo describe las actitudes espirituales, objetivas, reflexivas y entusiastas. Ese estudio sobre las actitudes espirituales nos lleva a la comprensión de las visiones del mundo, visiones sensual-espaciales, cultural-espirituales, metafísicas. Un extenso capítulo sobre la vida del espíritu y un apéndice sobre la ideología de Kant completan el volumen. Con eso, claro está, no hemos dado una exposición de la riqueza del detalle, que interesa tanto como el pensamiento total de este ensayo de psicología racional.

Creemos vivir en un período histórico, no sólo de creación de nuevos conceptos de la vida y del mundo, sino de lucha recíproca por el predominio de sus valores respectivos. La lectura de la obra de Jaspers, que no profetiza ni indica un camino, sino que explica y ensancha ante nuestros ojos la amplitud y la diversidad de la vida del pensamiento, no puede menos de ser útil para ensanchar el espíritu y desarraigar de él los dogmas del exclusivismo y de la ceguera dogmática.

Sobre algunos puntos especiales de este libro hablaremos más detalladamente en otra ocasión.

Ramus Pierre. — Manifiesto anarquista (Biblioteca mundial, Plaza Miravalle, 13 México), D. F. 1925, 36 páginas.

Se trata de una versión española de la

tercera edición de ese folleto hecha por nosotros, con una carta especial del autor a los revolucionarios de México. Se vende al precio de 20 centavos mexicanos.

Ricardo Mella—Organización, agitación, revolución" (Editorial Ni Dios ni Amo, Aguascalientes, Méx.), 1925, 32 páginas en 16.0.

Este folleto es bien conocido por haberse reimpresso numerosas veces, la última en Santiago de Chile hace dos o tres años. Se lee siempre con utilidad.

López Doñez José. — "Don Miguel Hidalgo no fué autor de la independencia de México" (México, D. F., 30 pags.), 1925

Idem. — "Lacras del clero católico mexicano durante la revolución de la independencia" (México, D. F. 43 págs.), 1925

El camarada López Doñez ha escrito estos dos folletos de carácter histórico, exponiendo en el primero la influencia de la revolución francesa en la independencia de México y en el segundo un resumen de la acción del clero católico contra el movimiento de la independencia. Una serie interesante de constataciones.

"La inexistencia de dios" (Barranquilla, Colombia, 1926, 14 páginas.

Se trata de una conferencia pronunciada por el diputado Arturo N. Lois en el local de los I. W. W. de Santiago de Chile y publicada por el grupo editor del periódico anarquista de Barranquilla, "Vía Libre".

"La Novela Ideal". — De esta publicación quincenal editada por la "Revista

Blanca" de Barcelona, hemos recibido algunos números. Los dos últimos que llegaron a nuestro poder, El pecado del amor, por Ricardo Vaqué, y Amor y sacrificio, por Solano Palacio, se leen agradablemente, tanto por el estilo fluido como por el argumento.

Albrecht Paul. — Freiheit der Liebe (Libertad y amor), Edición del "Freie Arbeiter" Berlin, 1926, 24 págs. en 80.

Es uno de los primeros ensayos literarios del camarada Albrecht, muy conocido en el movimiento de la juventud anarquista alemana por sus dotes oratorias. D. A. de S.



Un tomo en rústica, \$ 1.20 Edición especial, papel piuma... 2.00 " " " encuadernado en tela " 3.50

culos numéricos que no responde exactamente a la voluntad de nadie y no satisface a nadie.

Ya por declaración misma de los demócratas, es decir de los republicanos (puesto que éstos son los verdaderos y únicos demócratas) el llamado gobierno del pueblo no es más que el gobierno de la mayoría que expresa y realiza su voluntad por medio de sus representantes. Por lo tanto, la soberanía de la minoría es un simple derecho nominal que no se traduce en los hechos; y no está que esta minoría, además de ser a menudo la parte más progresiva y avanzada de la población, puede ser también la mayoría numérica, cuando varias fracciones se encuentran en desacuerdo en presencia de una minoría compacta por comunidad de intereses y de ideas o por sumisión a un hombre que la guíe.

Pero la parte que logra hacer triunfar los propios candidatos y que se llama mayoría que se gobierna a sí misma, ¿es realmente gobernada según su voluntad? El funcionamiento del régimen parlamentario (necesario en toda república que no es una comuna independiente y aislada) hace que el representante de cada unidad del cuerpo electoral no sea más que uno entre tantos y no vale más que por una centésima o una milésima parte en la confección de aquellas leyes que deberían ser, en último análisis, la expresión de la voluntad de la mayoría de los electores.

Y ahora dejemos la cuestión de si el régimen republicano puede realizar la voluntad de todos y dime al menos cuál es vuestra voluntad, qué es lo que quisiérais que fuese la república y cuáles son las instituciones esenciales que debe establecer.

Vicente. —Está claro:

Lo que yo quiero, lo que quieren todos los verdaderos republicanos, es la justicia social, la emancipación de los trabajadores, la igualdad, la libertad y la fraternidad.

Una voz. —¡Sí, como en Francia, en Suiza y en América!

Vicente. —Ésas no son verdaderas repúblicas. Debéis criticar la república verdadera, la que queremos nosotros, y no los diversos gobiernos, burgueses, militaristas y clericales que toman en las diversas partes del mundo el nombre de república. De otro modo también yo, para combatir el socialismo y la anarquía, podría citar muchos que se dicen socialistas y anarquistas y son cualquier otra cosa.

Jorge. —Muy bien. Pero ¿por qué las repúblicas existentes no han resultado repúblicas verdaderas? ¿Por qué, habiendo partido todas o casi todas de aquel ideal de igualdad, libertad y fraternidad que es el vuestro, y puedo decir también el nuestro, se han convertido y se convierten más y más en regímenes de privilegio, en don-

de los trabajadores son tan explotados y los capitalistas tan poderosos, el pueblo tan oprimido y el gobierno tan prevaricador como en cualquier régimen monárquico?

Las instituciones políticas, los órganos reguladores de la sociedad, los derechos reconocidos a los individuos y a las colectividades por nuestra constitución son los mismos que habría en vuestra república. ¿Por qué han sido tan malas las consecuencias o al menos tan negativas, y por qué habrían de ser diversas en la república que vosotros estableceréis?

Vicente. —Porque... Porque.

Jorge. —El por qué lo diré yo, y es que en aquellas repúblicas las condiciones económicas del pueblo permanecieron las mismas; permaneció inalterada la división de la sociedad en clase propietaria y clase proletaria, y por tanto el dominio verdadero quedó en manos de los que, poseyendo el monopolio de la producción, tenían a su disposición las grandes masas de los desheredados. Naturalmente, la clase privilegiada se dedicó a consolidar su posición, que podía haber quebrantado la sacudida revolucionaria de que nació la república, y pronto las cosas quedaron como estaban... salvo, posiblemente, aquellas diferencias, aquellos progresos que no dependen de la forma de gobierno, sino de la conciencia acrecentada de los trabajadores, de la fe mayor en la propia fuerza que adquieren las masas siempre que logran derribar un gobierno.

Vicente. —Pero nosotros reconocemos toda la importancia de la cuestión económica. Estableceremos una tarifa progresiva que hará recaer sobre las espaldas de los ricos la mayor parte de las cargas públicas, aboliremos las leyes aduaneras protectoras, estableceremos un impuesto sobre las tierras incultas, fijaremos un mínimo de salario, un máximo de precios, haremos leyes protectoras de los trabajadores...

Jorge. —Y si consiguiérais hacer todo eso, los capitalistas hallarían aun modo de inutilizarlo o de volverlo en su beneficio.

Vicente. —Entonces los expropiaremos incluso sin indemnidad y haremos el comunismo.

¿Estás contento?

Jorge. —No, no... el comunismo establecido por la voluntad del gobierno y no por la obra directa, voluntaria, de los grupos de trabajadores, no me sonríe verdaderamente. Si fuese posible eso, sería la tiranía más sofocadora a que haya estado nunca sometida una sociedad humana.

Pero vosotros ¿deís: haremos esto o aquello como si por el solo hecho de que seáis republicanos de la víspera, cuando la república haya sido proclamada, seréis vosotros mismos el gobierno.

Ahora bien, la república es el régimen de lo que

llamáis la soberanía popular, y esa soberanía se expresa por medio del sufragio universal, el gobierno republicano será compuesto por los hombres que el sufragio designe.

Y como vosotros no habréis deshecho en el momento mismo de la revolución el poder de los capitalistas, expropiándolos revolucionariamente, el primer parlamento republicano será como lo quieren los capitalistas... y si no el primero, que podría resentirse un poco de la tormenta revolucionaria, ciertamente los parlamentos sucesivos serán los que los capitalistas deseen, y se esforzarán por destruir lo poco de bueno que la revolución hubiera, por ventura, podido hacer.

Vicente. —Pero, entonces, puesto que la anarquía no es y no podemos soportar tranquilamente la monarquía que sea, ¿cuánto tiempo?

Jorge. —De ningún modo. Podéis contar con nuestro concurso, como nosotros solicitaremos el vuestro, siempre que las circunstancias se presenten propicias para un movimiento insurreccional. Naturalmente, el alcance que nos esforzaremos por dar a ese movimiento será mucho más amplio de lo que quisiérais vosotros; pero eso no impide el común interés que tenemos hoy en sacudir el yugo que nos oprime a nosotros y a vosotros. Después, veremos.

En tanto hagamos propaganda y tratemos de preparar las masas para que el próximo movimiento revolucionario realice la más profunda transformación social que sea posible, y deje abierto, amplio y fácil, el camino hacia progresos ulteriores.

X V

César. —Volvamos a nuestra conversación habitual.

Según parece, la cosa que más inmediatamente les interesa es la insurrección; y admito que, por difícil que parezca, puedan hacerla y vencer en un día próximo o lejano. En sustancia los gobiernos se apoyan en los soldados; y los soldados de la conscripción que van y quedan en el cuartel con repugnancia y porque son forzados a ello, son un arma poco segura. Ante una sublevación general del pueblo, los soldados, que son pueblo también, no resisten largo tiempo; y apenas es roto el prestigio y el miedo a la disciplina, o huyen o se van con el pueblo.

Comprendo, pues, que haciendo mucha propaganda entre los trabajadores y entre los soldados, o entre los jóvenes que mañana serán soldados, puedan ustedes ponerse en situación de aprovechar una ocasión oportuna — crisis económica, guerra desgraciada, huelga general, carestía, etc. — y derrocar el gobierno.

¿Pero luego?